

Suplemento de **Combatientes del Cauto**

BAYAMO, 7 DE DICIEMBRE DE 1973

El 77 Aniversario de la caída de Antonio Maceo



¡Si habláis de vergüenza;
si queréis señalar las altas cumbres del decoro
sobre llamas y túmulos y banderas estremecidas
tenéis que alzar la voz y dar un nombre puro y hondo.
¡Tenéis que dar la excelsitud de un grito:
¡EL GENERAL ANTONIO!

Manuel Navarro Luna

EN solemne homenaje de recordación a todos los héroes y mártires caídos, en todas las épocas, en cualquier lugar del archipiélago cubano, brindamos estos breves apuntes biográficos del Mayor General Antonio Maceo y Grajales, el más recio símbolo del valor y patriotismo de nuestro pueblo, en el 77 aniversario de su histórica caída.

Nace Antonio Maceo y Grajales, el 14 de junio de 1845, en Majaguabo, San Luis Oriente. Es uno de los nueve hijos de Marcos Maceo y Mariana Grajales Coello, que vivían en unión libre. Pertenecían a una pequeña burguesía de negros y mulatos dedicados a la agricultura, la familia tenía su casa en Santiago de Cuba y ambos se identificaron plenamente con la lucha independentista desde sus inicios.

De la infancia del héroe, solamente sabemos que cursó una escuela elemental para niños negros y que siendo todavía un adolescente comenzó a trabajar, como arriero, para ayudar a sus padres, en el servicio de las tres pequeñas fincas que poseían.

Su formación moral y patriótica, no hay dudas, que se debe al ejemplo y la persuasión de sus padres. Siendo verdaderamente decisiva la influencia de Doña Mariana, ser superior, excepcional mujer, que antepuso al cariño instintivo de la madre, la libertad de la Patria; en pos de la cual enviaba sus hijos al combate.

También María Cabrales, la mujer con quien contrajo matrimonio siendo un joven de veinte años, ejerció sobre él toda la benéfica influencia que en la vida de un hombre puede tener una mujer. Ella, de un carácter muy parecido al de Doña Mariana, logró una real compenetración con su esposo.

Testimonian los que conocieron personalmente a Antonio Maceo que era un mestizo trigueño oscuro de atrayente figura: saludable y robusto, su peso excedía de las doscientas libras, bien proporcionado, de amplio tórax y arrogante presencia. En su simpática fisonomía se notaban la frente ancha y alta, la mirada penetrante, las facciones regulares y el rostro animado por una insinuante y sugestiva sonrisa. Todos estaban de acuerdo en que era pulcro y elegante en el vestir, se afeitaba diariamente, aun en los momentos más difíciles de la guerra, no ingería bebidas alcohólicas ni fumaba.

Hacia los demás su trato siempre fue correcto y respetuoso, era sincero hasta donde lo permitía la delicadeza, no decía palabras groseras, no era envidioso, ni toleraba intrigas y murmuraciones. Su temperamento era enérgico sin crueldades e indulgente sin debilidades. Cuidaba de su honra y reputación, Tenía una forma de hablar reposada y apacible, era —como todo el que sabe escuchar— más silencioso que locuaz. Era franco, sin familiaridades excesivas, aunque muy pocas veces bromeaba, nunca se le vio hosco ni retraído. Poseía la peculiaridad de hablar más bajito, cuando más molesto estaba. Amaba a su familia y a la comunidad, era de una sexualidad acentuada, fue un tanto aventurero, en el mejor sentido de la palabra. Ante alguna situación difícil, durante la guerra, tenía el hábito de retorcerse el bigote largo rato y si el problema era extraordinariamente grave, se paseaba con la mano derecha en la espalda y la izquierda sobre el pomo de su machete.

Fue un hombre de absoluto control de sí mismo: disciplinado en el cumplimiento de las órdenes de sus superiores

jerárquicos, decidido y audaz en los combates, temerario ante la muerte, estoico ante el dolor físico o moral. Era un optimista: activo, emprendedor e inteligente. Leal hasta con los enemigos. Su única ambición fue conquistar la gloria de libertar a la patria. La firmeza de sus convicciones se puede palpar en la gloriosa y digna Protesta de Baraguá el 15 de marzo de 1878.

Su pensamiento político era profundo, fue capaz de ver, a pesar de su poca preparación teórica, el origen económico de la injusticia social que imperaba en su época. Fue el hombre que produjo estos razonamientos que damos puros para su análisis:

“... Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso”.

“... ¿A qué intervenciones ni ingerencias extrañas, que no necesitamos ni convendrían? Cuba está conquistando su independencia con el brazo y el corazón de sus hijos; libre será en plazo breve sin que haya menester otra ayuda”.

En conversación con su amigo Eusebio Hernández, Antonio Maceo dijo de José de la Luz Caballero: “Fue el educador del privilegio cubano. ¿Para quién preveía tiempo glorioso? ¿Para esa juventud que lo recuerda con justa gratitud? Ah, estudie bien este asunto y desapasionadamente juzgue de él echando un velo a todo el beneficio que usted y otros hayan recibido de aquel hombre, dirigiendo la vista hacia tantos que el egoísmo material tiene postrados en la más profunda ignorancia. ¿Puede haber justicia donde no es igualmente distribuida?”

En el banquete que le fue ofrecido el 29 de julio de 1890 en el Hotel Venus de Santiago de Cuba, al oír decir que “Cuba llegaría a ser, por la fuerza de las circunstancias, una estrella más en la constelación norteamericana”. Maceo contestó: “Creo, joven, aunque me parece imposible, que ese sería el único caso en que tal vez estaría yo al lado de los... españoles”.

Otras facetas de su extraordinaria calidad humana pueden descubrirse fácilmente en estos pensamientos:

“No me ofenderé por que me mande a desempeñar un puesto inferior a mis merecimientos”.

“He deseado lo que puedo ser: un obrero de la libertad”.

“No quiero libertad si unida a ella va la deshonra”.

“... se me ha quitado la pena que tenía; estaba atormentado porque casi todos mis principales compañeros están con una o dos heridas, y yo no tenía más que una de esta campaña”.

Conviene destacar que en el convulso medio en que se desarrolla la singular personalidad de Antonio Maceo, abundan las incomprensiones las intrigas, la envidia, las ambiciones de

mando, el regionalismo y la discriminación del negro, que hacen crecer estas dificultades con las que él siempre lidió en forma victoriosa.

Antonio Maceo ingresa en el Ejército Libertador el 12 de octubre de 1868, como soldado raso, uniéndose a las fuerzas de Donato MármoI. a orillas del río Cautillo, en la finca Santa Teresa de esta región de Bayamo, participa en sus primeros combates entre el 28 del mismo mes y el 4 de noviembre. Al terminar la contienda diez años después tenía en su cuerpo las cicatrices de 22 heridas de bala, había ascendido a Mayor General, sin ayuda de nadie y contra el deseo de muchos, era modelo de entereza y probidad; amado y respetado por los suyos; temido y admirado por sus adversarios. Había participado en 800 acciones de guerra, de las que se destacan: Los Pinos de Baire, Ti Arriba, Jiguaní, Mayarí, El Cri-to. El Cobra, Michoacán, Sabanilla, Arroyito, La Chiva. San Agustín, Armonía, Guantánamo (en tres ocasiones), Candelaria, Borgita, Saladillo, San Felipe, Yarayabo, Vega Grande, Santa Ana, Nuevo Mundo, San Rafael, Estacada, Baracoa (en dos ocasiones), El Zarzal, Santa María, Chaparra, Manzanillo. Santa Rita, Melones, Naranja. Las Guásimas, San Miguel, Nuevitas, Mojacasabe, Yabacán Abajo, Jesús María, Guayabales, Pedernales, Sagua de Tánamo, Negrito, Florida, Mangos de Mejía, Juan Mulato; San Ulpiano, Caobal, La Indiana, La Demajagua y muchos combates más.

En el intervalo de 17 años que media entre la Protesta de Baraguá y el arribo de la goleta Honor a la costa de Duaba — primero de abril de 1895 — no descansó un solo momento de trabajar por Cuba. Ya fuera ganándose el sustento en Honduras como miembro del ejército, o en Panamá como contratista de construcción de casas de madera, o en Costa Rica como hacendado, realizando los trabajos más diversos, siempre estuvo dispuesto, viajando de continuo, conspirando infatigablemente por la independencia de la patria.

En una de sus estancias en Costa Rica, fue herido de gravedad en un atentado que le hicieron asesinos a sueldo pagados por España, en el teatro Variedades de San José, el 10 de noviembre de 1894.

También en Haití, el presidente Salomón y el cónsul de España dirigieron una conjura para secuestrarlo, en diciembre de 1883, solamente gracias a su valor, fortaleza y audacia pudo librarse de los secuestradores.

Durante el transcurso de la guerra murieron combatiendo heroicamente Marcos, el padre, y cuatro de

los ocho hermanos de Antonio Maceo. Solamente sobrevivieron Tomás, Marcos, Dominga y Baldome-ra. Sus hijos pequeños: una hembra y un varón que nacieron en 1866 y 1868, murieron debido a las duras e insalubres condiciones de la manigua.

Cuando cayó en la escaramusa de San Pedro, en la provincia de la Habana, en compañía de su ayudante Panchito Gómez Toro, Antonio Maceo ya había realizado la campaña de Oriente, donde entre muchas batallas, tuvo gran significación La Batalla de Pera-lejo — 13 de Julio de 1895 —, donde derrotó al astuto general español Arsenio Martínez Campos, que ya había derrotado en el terreno "diplomático" con la enérgica protesta contra el Pacto del Zanjón en el año 1878, en esta batalla murió combatiendo otro general español de apellido Santocildes. Había culminado la invasión a las provincias occidentales, cruzando las trochas de Júcaro a Morón y de Mariel Majana, en esta operación sostuvo 27 combates sus tropas se enfrentaron victoriosas a 200 mil soldados españoles, en un recorrido de 424 leguas. La invasión fue calificada por un experto militar be'ga, "como el plan militar más audaz de la centuria". Al morir, el 7 de diciembre del 1896, había sumado a sus hazañas la Campaña de Occidente. En estas tres grandes operaciones militares había librado 117 combates más, derrotando a los mejores generales de España, en su cuerpo tenía veintiocho cicatrices de heridas hechas por el enemigo. Su fama rivalizó con la de los héroes mitológicos, su pueblo le era deudor de gratitud eterna y ya le llamaba EL TITAN DE BRONCE.

José Martí en 1894 escribió para él "... Se mostró Ud. un día lleno de gozo infantil, y del denuedo invencible, de la pura virtud: lo vi sereno, abnegado, magnífico; lo vi superior al mundo, injusto a veces, y capaz de triunfar de él con su juicio redondo y sagaz y su corazón disciplinado y desinteresado...."

Con más razón que nunca reinteramos hoy las últimas palabras de aquel obrero de la libertad: "¡Esto va bien!".

En la preparación del presente trabajo se han utilizado como material bibliográfico: el libro Antonio Maceo. Análisis Caracterológico, por Leonardo Griñán Peralta; El Pensamiento Vivo de Maceo, de José A. Portuondo; tomo I de la obra Guerra de los Diez Años y la VII publicación del Archivo Nacional de Cuba, Antonio Maceo Documentos para su vida.

Hemos empleado la versión popular o la más antigua del lugar del nacimiento de Antonio Maceo que es la del libro de G. Peralta, como hay otra versión en los libros más recientes tómese con reserva el mencionado dato.

“**C**UANDO Cuba sea independiente solicitaré del Gobierno que se constituya, permiso para hacer la libertad de Puerto Rico, pues no me gustaría entregar la espada dejando esclava esa porción de América”.
